



“...encontrar las condiciones...”

La experiencia creyente y de seguimiento de Jesús tiene una columna vertebral que se llama “oración” y que **Teresa de Jesús** desde hace casi quinientos años le llamó “trato de amistad”. Ella nos dice, de muchas maneras, que crecer en la experiencia de fe tiene como causa y consecuencia el encuentro amoroso con Dios. Teresa en el siglo XVI, descubrió que el Dios de los cristianos es un **Dios que es Relación**, un Dios que camina a nuestro lado, que se hace hermano y comunidad.

Y nos dice que, hay que encontrar las condiciones para hacer “amistad” con ese Dios que es relación de amor:

...“porque para ser verdadero el amor y que dure la amistad, hanse de encontrar las condiciones...” Vida 8,5

¿Y cuáles son estas condiciones de la que nos habla nuestra Santa?

Por extraño que parezca, Teresa nos habla de una pena que hay que soportar; es el dolor que viene de la aceptación de la diferencia:

“...porque (Dios) no es de vuestra condición...más viendo lo mucho que os va en tener su amistad y lo mucho que os ama, pasáis por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos” Vida 8,5

Quizá hemos experimentado ese dolorcillo en nuestras relaciones. Sabemos que si no aceptamos a la otra, al otro como “diferentes”, no es posible una verdadera relación. Aceptar la diferencia implica dolor y al mismo tiempo libertad y madurez.

Y ¿qué nos puede pasar cuando estamos frente a este Dios, que al mismo tiempo es, como dice Agustín de Hipona y Teresa experimentó vivamente: “Más distante de mí que lo más lejano a mí, y más profundo en mí que lo más hondo de mí mismo”?

1) **Más distante de mí, que lo más lejano a mí**

El reconocimiento de quien es Dios y de quienes somos nosotros es el primer paso en el inicio de una relación en la que Dios es Dios y nosotros somos sus creaturas. Es aquí donde se echan los fundamentos del edificio, como diría nuestra Santa, las primeras piedras de la humildad. En este proceso relacional se pueden dar tentaciones. Veremos dos de ellas que por ser extremos opuestos nos representan gráficamente cómo podemos irnos de un lado o de otro por la dificultad para mantener una tensión dialéctica que nos permite estar frente a Alguien tan diferente de nosotros:

- **“Separación de Dios”**. Es difícil permanecer frente al Misterio de la Grandeza de Dios, y reconocer la verdad de lo que somos, por eso podemos caer en la tentación de desvincularnos de El, de separarnos de Dios porque nos sentimos muy poca cosa frente a El. No creemos que un Dios tan grande, “Creador del Universo” pueda ocuparse de nosotros que somos “polvillo de la tierra” (Gn 2,7) y nos sentimos olvidados y alejados de Dios, simplemente porque no podemos “tolerar” y mantener la tensión que implica reconocer nuestra pobreza y permanecer frente a Alguien que nos ama simplemente por ser quienes somos.

“¡Oh esperanza mía y Padre mío y mi Criador y mi verdadero Señor y Hermano! Cuando considero en cómo decís que son vuestros deleites con los hijos de los hombres mucho se alegra mi alma. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra!, ¡y qué palabras son éstas para no desconfiar ningún pecador! Excl 7,1

- **“Tener poder sobre Dios”**. Otra posible reacción que viene al no aceptar la “diferencia” es exactamente la contraria a lo que acabamos de ver; como no podemos aceptar nuestra pequeñez, hacemos a Dios a nuestro tamaño. Queremos a

Alguien que nos de poder y que lo podamos controlar y dominar. Hacemos de Dios un ídolo. Por eso los israelitas cuando estaban en el desierto, frente a un Dios “más grande que ellos” y que no actuaba a su antojo, hicieron un becerro de oro (Éx 32,4). Si reflexionamos un poco, y somos sinceros con nosotros mismos, veremos que en muchas ocasiones queremos tener ese poder sobre Dios, poder con nuestros rezos, con nuestro puritanismo, y en cierto modo nuestra “ortodoxia” y fariseísmo. Podemos creer que tenemos a Dios en el “bolsillo” porque le encendimos una veladora, porque tocamos al santito, o porque nos creemos “mejores que los demás” como el fariseo que se ponía delante en la Iglesia (Lc. 18,11). Esto es idolatría. Sólo si respetamos la diferencia y permanecemos desnuda y pobremente frente al Misterio seremos liberados.

- **“Dejar a Dios ser Dios”.** Aceptar a Dios como un MISTERIO que no podemos aferrar, como un Dios que es el totalmente Otro, El “Fascinante y Tremendo”, y permanecer en unión con El, pide soportar con dolor la propia verdad frente a su MISTERIO. Implica caer de rodillas en adoración y humildad reconociendo que somos creaturas ante su Creador. Frente a Él es evidente “*su grandeza y nuestra pequeñez*” como dice Teresa, y solo desde allí, en esa distancia que duele, puede establecerse una relación de amor con Alguien que nos ama independientemente de lo que somos. Respetando su DIFERENCIA tanto en el Ser, como en el modo de amarnos, descubrimos que estamos ante un MISTERIO, comenzamos a conocerle, y sólo desde allí descubriremos, en lenguaje teresiano: «**Su Bondad tan buena y su Misericordia tan sin medida**» (1M, 1,3)

“Siempre he visto en mi Dios mayores y más crecidas muestras de amor de lo que yo he sabido pedir ni desear”...Que me deís Dios mío, que os dé con San Agustín para pagar algo de lo mucho que os debo; que os acordéis que soy vuestra hechura y que conozca yo quien es mi Criador para que le ame” Excl 5,2

Reconocer la verdad de lo que somos y aceptar frente a Quien estamos, nos permite vincularnos desde la propia entraña de nuestro ser creaturas: “Tu me has tejido en el vientre de mi madre” (Sal 139), “Míralo, en las palmas de mi mano te tengo tatuada” Is 49,16.

2. “Más profundo en mi que lo más hondo de mí misma”

Esta visión de Dios nos implica a cada uno. Podríamos decir que plantea la horizontalidad de la presencia de Dios; porque si está en lo más hondo de mí, también está en los demás. Si anteriormente tratábamos de ubicarnos frente a Alguien más grande y reconocernos amados por El en una dinámica de verticalidad, ahora estamos en una polaridad dentro-fuera en la que también pueden presentarse algunos extremos. Teresa nos invita a permanecer en la tensión que implica la interioridad (hacia dentro) y la entrega apostólica (hacia afuera):

- **“Poseer a Dios”** Reconocer la presencia de Dios dentro de nosotros mismos, y no aceptar la “diferencia”, puede llevarnos a la tentación de querer poseer a Dios, de provocar “gustos internos” y una vida de “intimismo” que crea un mundillo interior de “falsa espiritualidad” que es incapaz de ponerse en contacto con la propia realidad y menos de escuchar los gritos, dolores y sufrimientos de este mundo. Teresa de Jesús nos pone en guardia frente a esta tentación:

«Créanme y no se embeban tanto (no busquen sus propios gustos en la oración) que es larga la vida, y hay en ella muchos trabajos, y hemos menester mirar a nuestro dechado Cristo, cómo los paso y aún a sus apóstoles y santos» (6M.7.12)

La Santa de Ávila nos recuerda que aceptar la “diferencia” entre nosotros y Jesús, nos lleva a salir de nosotros y contemplarle a Él, que siendo Hijo del Padre y teniendo una gran comunicación con Dios, vive inserto en la historia, pasando trabajos y dificultades en la entrega amorosa de cada día.

- **“Ignorar nuestro misterio”** Puede sucedernos lo contrario y vivir volcados hacia afuera, en la superficie, sin descubrir ni *diferenciar* el misterio de Dios en nosotros mismos y obviamente tampoco en los demás. Puede ser que no valoremos nuestro cuerpo como “Templo del Espíritu” y que usemos también a los demás como satisfactores del propio placer. Quizá vivimos en la dispersión, poniendo el corazón en cosas externas, nos dejamos arrastrar por el “activismo” y no sentimos paz, ni encontramos nuestro propio centro. Teresa nos cuestiona: *¿Cómo puedes sustentarte estando ausente de Tu Vida?* Porque para nuestra Santa, la Vida es Cristo y esta es su invitación: ¡Dejarnos transformar por el amor de Dios que es tan diferente del nuestro! ¡Oh Amor poderoso de Dios! ¡Cuán diferentes son tus efectos del Amor del mundo! (Excl 2,1)
- **“Somos Morada de Dios”** Teresa de Jesús fundamenta la relación con Dios desde una experiencia honda de estar habitada por El, somos su morada (Ap 21,3). Dios vive en lo más hondo del alma y nos invita a entrar dentro de nosotros para

encontramos con EL. La puerta para entrar en esta verdad es la oración. Una oración que permanece en continua dialéctica, abierta a los desafíos de la realidad, y a la relación íntima y profunda con Jesús. Se trata de un movimiento centrípeto y centrífugo, hacia dentro como una relación transformante y hacia fuera respondiendo a los desafíos de la historia como Jesús. Aceptar la "diferencia" con Dios implica reconocer que somos imagen suya y que nos iremos haciendo semejantes a Él si nos dejamos transformar por el Espíritu. Esta transformación en el amor, significa soportar la tensión dialéctica entre amor a Dios y amor al prójimo uniéndolos en un sólo amor: *"Solo estas dos cosas nos pide el Señor, amor de su Majestad y del Próximo"* (5 M 2,7)

Unámonos pues, a la oración de Teresa que invita a vivir la unión con Dios en la vida ordinaria, a descubrir su misterio en nosotros y a dejarnos transformar por la fuerza de su Espíritu:

"¡Oh Anima mía!, deja hacerse la voluntad de tu Dios, eso te conviene; sírvete y espera en su misericordia, no quieras gozar sin padecer" "Alégrate porque hay quien ame a tu Dios como El merece!" "Y que tú, seas una partecita para que sea bendecido Su Nombre!" (Excl)

María Rosaura González Casas, stj